

Pobres y ricos en el *Quijote* de 1615: réplicas-resistencia de Sancho y razones de Cervantes. *Dos lados en contrapunto*

Maria Fernanda de Abreu

(CHAM, FCSH, Universidade NOVA de Lisboa, Universidade dos Açores)

I. Preliminares

Cervantear es aventurarse en el territorio incierto de lo desconocido con la cabeza cubierta con un frágil yelmo bacía. Dudar de los dogmas y supuestas verdades como puños nos ayuda a eludir el dilema que nos acecha entre la uniformidad impuesta por el fundamentalismo de la tecnociencia en el mundo globalizado de hoy y la previsible reacción violenta de las identidades religiosas o ideológicas que sienten amenazados sus credos y esencias. (Juan Goytisolo 2015)

1. Presupuestos teórico-críticos

Las palabras de Goytisolo que empiezo por destacar fueron pronunciadas por el escritor, hace poco, en su discurso de recepción del Premio Cervantes. Sabemos a qué fundamentalismos se refiere él y no creo que se refiriera en primer lugar a la crítica cervantista. Sin embargo, su adhesión a un “cervantear” que consista en dudar de “supuestas verdades como puños” y en resistir a la uniformidad bien puede servirnos también como guía ante interpretaciones del *Quijote*. Expresadas a lo largo de cuatro siglos, algunas de estas lecturas vienen conformando las recepciones del libro y de sus personajes. Son más o menos “verdaderas” y nos han conducido a uniformidades siempre impuestas, si no por fundamentalismos, sí por opciones o prejuicios, personales o de grupo, entre otros, morales y sociales, incluso geoculturales. La uniformidad, esa que parece la más anticervantina de las actitudes, en particular en lo que a este libro del escritor respecta, ha impedido, tantas veces, destacar la diversidad de puntos de vista y lo bacyélmico del comportamiento de su narrador en relación con sus mismos personajes, lo que nos proporciona un modelo de interpretación del libro.

Otro presupuesto que me guía atañe al crítico y a su circunstancia. Cuando las mismas ciencias llamadas exactas son tan conscientes de la importancia del observador en la representación del fenómeno observado, cabe considerar como factor fundamental de la lectura aportada, en cada caso, la condición biográfica del crítico, desde sus lugares históricos, geográficos y culturales hasta sus opciones teórico-ideológicas, retóricas y, cada vez más, las determinantes académico-institucionales.

2. El tema

La pobreza y la riqueza tienen en *El Quijote* una presencia y un protagonismo que, obviamente, las incontables lecturas e interpretaciones del libro no han dejado de recoger. Diversas son también las perspectivas a partir de las cuales ha sido abordado el tema, con predominio, creo, de la histórico-social y de la religiosa, perspectivas que el lector encuentra bien explicitadas en los comportamientos, voces y comentarios tanto de

los mismos protagonistas como de los mismos autores, trátase de Cide Hamete o del autor implícito en el narrador, como más adelante se verá.

Por otro lado, y de forma convergente, los historiadores, y en particular los que han venido ocupándose de la historia de España en tiempos de Cervantes y del *Quijote*, han proporcionado abundante información sobre el tema en la época y producido afirmaciones que respaldan o complementan la representación de la pobreza y la riqueza en el libro.¹ Así, sobre la “economía dineraria” de la época, escribe A. Domínguez Ortiz, precisamente en “La España del *Quijote*”:

El triunfo de don Dinero sobre los valores tradicionales era algo que estaba en la atmósfera y lo mismo se expresaba en tratados magistrales que en frases proverbiales: “Dineros son calidad”; “Dos linajes solos hay en el mundo ... que son el tener y el no tener” (*Quijote*, II, 20, 799), etc. La misma relación entre don Quijote y Sancho expresa esta ambigüedad: *Sancho aspiraba a una relación laboral, un salario, idea rechazada con indignación por don Quijote, que solo concebía entre caballero y escudero una relación vasallática, premiada con mercedes* (véanse los primeros capítulos de la Segunda parte del *Quijote*, esenciales para el conocimiento de este y otros aspectos de la sociedad española coetánea). (Domínguez Ortiz 1998, XCIV)²

Precisamente, sobre una secuencia narrada en estos primeros capítulos me ocuparé más adelante. No sobre la “plática” entre el hidalgo manchego, Alonso Quijano, y su vecino labriego, Sancho Panza, donde ambos debaten y conciertan el salario del criado (cap. 6), y al cual creo que se refiere Domínguez Ortiz, sino sobre la “plática” entre Sancho y su mujer (cap. 5).

No solo la historiografía política o económica nos informa abundantemente sobre la época del libro y de los acontecimientos allí narrados. De la copiosa bibliografía producida (véase nota de Domínguez Ortiz y lo que ha seguido publicándose hasta nuestros días), destaco “Acercamiento al *Quijote* desde una perspectiva histórico-social”. Aquí, la perspectiva declarada en el título integra también el estudio textual, la historia de las mentalidades y la antropología histórica y cultural. Además, Augustin Redondo encauza su estudio, investigación y resultados desde una muy consciente actitud teórico-crítica y metodológica, actualizada y diferente (“otra”) en lo concerniente al tema. Prueba de esa voluntad crítica es el hecho de haber integrado este ensayo, inicialmente publicado en un volumen colectivo (Close, 257-293), en un libro individual que tituló *Otra manera de leer el “Quijote”*, con un subtítulo que explicita los campos de estudio que allí se entrecruzan: “Historia, tradiciones culturales y literatura”. Recurriendo declaradamente a, entre otras, las lecciones de Goldmann y de Braudel, Redondo se propone examinar, y es suyo el énfasis, “de un modo práctico, insistiendo en unos cuantos puntos: 1) modelos culturales, momento histórico y texto; 2)

¹ La España del *Quijote* es la de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, época de enorme densidad histórica que ha suscitado abundantes investigaciones y copiosa historiografía. Remito a la excelente “nota bibliográfica” de Domínguez Ortiz, de la cual destaco: “Estas sucintas indicaciones generales pueden ampliarse en lo específicamente cervantino con el útil y sugestivo artículo de Agustín Redondo “Acercamiento al *Quijote* desde una perspectiva histórico-social”, en Anthony Close y otros, *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, 257-293”; también cita la monografía de Javier Salazar Rincón y los ensayos de Alberto Sánchez y Jean Canavaggio (Domínguez Ortiz 1998, CIII).

² Todos los énfasis en las citas son míos.

condicionamiento histórico-cultural y texto; 3) texto y comportamientos sociales” (Redondo, 33). En este largo ensayo, nos proporciona su autor información, análisis y reflexiones, que consideramos también imprescindibles para entender y apreciar la invención y la maestría literaria de Cervantes en la escritura de la pobreza y la riqueza, en particular en el *Quijote*, aunque también en el resto de su obra. Teniendo el cuidado de, en largas notas, registrar, de forma exhaustiva, la bibliografía ya producida en este campo, Redondo considera que “*El Quijote* se elabora en relación con un momento de crisis profunda que atañe también a la concepción de la Historia y al valor del discurso histórico”. Y, de una forma que los estudios cervantistas no podrán nunca dejar de considerar como de referencia, responde al problema que, al final de su estudio, resume con estas palabras: “la narración cervantina no puede alcanzar su pleno sentido si no se la sitúa en el corazón de la coyuntura que corresponde a los últimos años del siglo XVI y a los primeros del siglo XVII, con sus diversas coordenadas histórico-sociales” (99).

Habiendo aprendido esta lección, cree esta lectora poder ahora establecer con el libro, con este tema en el libro, una relación que tenga en cuenta no ya, o no sólo la coyuntura contemporánea del libro sino también la coyuntura contemporánea del lector. Y me dispense de, aquí, exponer todo lo que sobre lectura, recepción, factores de identificación entre lector y texto, y afines, desde hace décadas los estudios literarios han venido produciendo, tanto en vertientes sociohistóricas como en las psicológicas, además de las interliterarias. Basten estas notas para sostener que la otra razón que me lleva a volver al tema de la riqueza y la pobreza en el *Quijote* es su actualidad en el mundo de nuestros días, en la Europa de nuestro tiempo... Convoco, de nuevo pues, el discurso de Juan Goytisolo al recibir el Premio Cervantes, 2015:

El ameno jardín en el que transcurre la existencia de los menos no debe distraernos de la suerte de los más en un mundo en el que el portentoso progreso de las nuevas tecnologías corre parejo a la proliferación de las guerras y luchas mortíferas, el radio infinito de la injusticia, la pobreza y el hambre.

Es empresa de los caballeros andantes, decía don Quijote, “deshacer tuertos y socorrer y acudir a los miserables” e imagino al hidalgo manchego montado a lomos de Rocinante acometiendo lanza en ristre contra los esbirros de la Santa Hermandad que proceden al desalojo de los desahuciados, contra los corruptos de la ingeniería financiera o, a Estrecho traviesa, al pie de las verjas de Ceuta y Melilla que él toma por encantados castillos con puentes levadizos y torres almenadas socorriendo a unos inmigrantes cuyo único crimen es su instinto de vida y el ansia de libertad.

Mi propuesta en este ensayo consiste en leer la presencia del tema de la pobreza y la riqueza, siguiendo la metodología contrapuntística de Edward W. Said en *Culture and Imperialism* (1993), un análisis en contrapunto, precisa él, concebido no “sobre el modelo de una sinfonía, sino sobre el de la música atonal”:

But this global, contrapuntal analysis should be modelled not (as earlier notions of comparative literature were) on a symphony but rather on an atonal ensemble; we must take into account all sorts of spatial or geographical and rhetorical practices-inflections, limits, constraints, intrusions, inclusions, prohibitions-all of them tending to elucidate a complex and uneven topography. A gifted critic's intuitive synthesis, of the type volunteered by hermeneutic or philological

interpretation (whose prototype is Dilthey), is still of value, but strikes me as the poignant reminder of a serener time than ours. (Said 318)

“Hay dos lados” en el mundo, dice Said (cap. 3, “Resistance and Opposition”, 191-208), hay los fuertes y los débiles, los que dominan y los que son dominados, los opresores y los oprimidos. A su vez, el programa de Alonso Quijano autoconvertido en don Quijote es, explícitamente, como bien sabemos, la crítica ha repetido mil veces y Goytisolo acaba de invocar, el de luchar en defensa de uno de estos dos lados. Si Said aplica esta metodología al estudio de los imperios, de colonizadores y colonizados, al análisis de las representaciones de los imperios en la literatura, de modo análogo puede sernos de gran utilidad en el análisis del modo como Cervantes compone la textualización de este tema mayor, un tema, no hay que olvidar, con fuertes implicaciones, entre otras, políticas y éticas, sin duda para el escritor y mucho para sus lectores. Hay dos lados, pues, y hay las relaciones entre ellos. Y así, tal como hace Said en su estudio de los imperialismos, también aquí hay que tener en cuenta resistencias, superposiciones e interdependencias.

Sin pretender que este tema lo haya inaugurado Cervantes, pues bien sabemos que no, en este contexto nos sirve cabalmente la definición de “tema” propuesto por Claudio Guillén al estudiar las tematizaciones del exilio: “Denomino tema una parte de las experiencias y creencias humanas que en determinado momento histórico cierto escritor convierte en cauce efectivo de su obra y, por ende, en componente del repertorio temático-formal que hace posible y que propicia la escritura literaria de sus sucesores” (Guillén 1995, 75-76).

Me importa, por ello, no sólo destacar el tema, sino también de qué modo Cervantes explota, desarrolla y pone en texto algunos de los elementos que lo caracterizan – tales como las oposiciones y dinámicas de apropiación o de resistencia – que crean una escritura narrativa formada por tensiones dialógicas, que llamaré *replicativas*. De hecho, hay todo un campo de antítesis en el libro – esas antítesis que normalmente se considera recurso fundamental de la retórica barroca – propiciado, precisamente, por la oposición pobreza/riqueza desdoblada en motivos como la comida, el vestuario, la vivienda o los modales, entre otros. Una, entre muchas:

Señor – replicó Sancho -, si a vuestra merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; [...]; y así me sustentaré *Sancho a secas con pan y cebolla*, como *gobernador con perdices y capones*; y más, que mientras se duerme, todos son iguales, *los grandes y los menores, los pobres y los ricos*. (II, 43, 365)

3. Sancho, el pobre. ¿Codicioso y materialista?

Casi desde el inicio de este estudio me fui dando cuenta de que la perspectiva con la cual enfoco este tema tiene también, y mucho, implicaciones en las interpretaciones de la figura de Sancho y de su función en el libro. Desde Gran Bretaña a China, no han dejado ilustres cervantistas de llamar “codicioso” a Sancho, desde hace décadas hasta nuestros días. O “egoísta”, “interesado”, “representante del sensualismo materialista” (una expresión muy curiosa ésta, por cierto), “avaro”, entre otros atributos sinónimos o convergentes. Intencionalmente, no haré la lista de todos los comentaristas, muchos de ellos justamente admirados, cervantistas o no, intelectuales, escritores, los

cuales integran una larga nómina. Recuerdo tan sólo a algunos, precisamente algunos a quien mucho respeto. Max Aub, por ejemplo, en un prólogo para una edición popular del *Quijote* (1960), escribió: “Sancho es el burgués, el preocupado por los cuartos, el futuro capitalista” (Max Aub 2005, 298). Dámaso Alonso, tan sensible al proceso psicológico de Sancho, al punto de preguntarse si “se ha estudiado alguna vez el largo y complicado proceso de engaño y desengaño que nos ofrece nuestro amigo Sancho Panza” (Dámaso Alonso 131), puesto a, con mucha finura, estudiar este proceso, empieza por observar que “Sancho se va con don Quijote movido por la codicia” (132). Y hasta Rafael Lapesa, una de las más excelentes personas que he tenido el privilegio de conocer, al comentar “la plática” de Sancho con su mujer (II, 5), escribe: “Sancho, contagiado por las palabras de su amo durante toda la Primera parte, tiene un afán desmedido por ascender socialmente;” y observa “el contraste entre la ambición y desmedido afán de crecer de Sancho y la moderación y sentido común de Teresa” (Lapesa 123).

Volvamos al libro. Al leer la carta que Sancho tenía escrita para su mujer, firmándola ya como gobernador aunque aún sin haber asumido el cargo en Barataria, la duquesa le comenta a Sancho que él “se muestra en ella muy codicioso” (II, 36, 322). Podremos pensar que el juicio de la duquesa se basa en que en la carta dice Sancho que se parte al gobierno, “con grandísimo deseo de hacer dineros” y recuerda igualmente los cien escudos encontrados en la maleta en la venta lamentando que “no ha sido Dios servido de deparar[le] otra maleta con otros cien escudos”. La codicia, tanto en los comentadores como en la duquesa, se entiende como apetito, afán desmedido o excesivo de riquezas. Siempre con sentido peyorativo, crítico, negativo. Siempre como *cupiditas* y no muy alejado del que ya nos da Covarrubias, contemporáneo del *Quijote*: “codicioso, el que desea alguna cosa, y absolutamente el que procura adquirir hacienda por todas las vías que puede” (331).

Conocemos bien el origen del *topos* interpretativo de un Sancho *materialista*. Aunque también cabría decir que el sentido con el que a lo largo de dos siglos viene siendo divulgado y utilizado no tiene, casi nunca, la profundidad y complejidad filosóficas que le otorgaron los románticos alemanes. Porque, en relación con la vulgata, cabrá preguntarse: ¿qué puede ser un criado, pobre, sino “materialista”? ¿Qué puede sino procurar “adquirir hacienda” para remediar su *necesidad*, esa que Sancho como pobre invoca repetidamente (y no solo él ya que, en los textos preliminares, lo hace el mismo autor). Lo verdaderamente extraordinario será que ese criado, además de “materialista”, se convierta en amigo de su amo y abrace la causa, dicen que “idealista”, de aquél. Porque, en verdad, y volviendo a la duquesa, puede muy bien, y con toda legitimidad, preguntarse un lector atento a la ineludible circunstancia de que aquí tenemos “dos lados” (o quizás cabría decir, según diría la “agüela” de Sancho, que aquí tenemos los dos linajes): ¿con qué derecho alguien que está en uno de los lados, el de la riqueza (y desde su entrada en escena no ha dejado la duquesa de exhibir su condición de rica), con qué derecho, humano, tacha de “codicioso” a otra persona que manifiesta el deseo de hacer dineros (II, 36, 322) para sustentarse a sí, a su mujer y a sus hijos? ¿Qué puede sino estar “contentísimo”, “porque el mayordomo del duque, el que fue de la Trifaldi, le había dado un bolsico con doscientos escudos” él, que de su tan esperado cargo de gobernador había salido “muerto de hambre y sin blanca”? (II, 55, 459). Un dinero que él no ocultará a don Quijote, ya que le dice que lo recibió (II, 58, 471). Desde las charlas de Sancho con su mujer –antes de la salida, y en el regreso final– hasta tantísimos momentos de la historia, no sosiega Sancho con ese tema mayor

de su vida y condición de pobre. Mientras está en Barataria, es predominante el tema del hambre, entre otros, en las cartas que intercambia con su amo. Y es, por cierto, éste quien le escribe “que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía” (II, 51, 428). Y se lo dice como un consejo de buena gobernación, que para “ganar la voluntad del pueblo que gobiernas” debe el gobernador “procurar abundancia de los mantenimientos”, dando así voz, por parte del autor, a una vehemente crítica política contra el hambre. A causa de ella, precisamente, renuncia Sancho al gobierno de la ínsula. Y sigue la probación ya que al caerse, poco después, en la sima (II, 55, 455), le asalta, con toda razón, el miedo a morir de hambre. Y, curiosamente, este a quien se considera glotón, al abandonar el gobierno no pide más que “medio queso y un medio pan”, los cuales, además, no come puesto que, poco después, se lo da a los seis peregrinos extranjeros, entre los cuales se encuentra Ricote. De hecho, es siempre *poco* lo que le cabe a Sancho. Cuando Alonso Quijano dicta en su testamento que a Sancho no “se le pida cuenta alguna” de los dineros que tiene Sancho por todo lo que le debe él, dicta también que “el restante sea suyo, *que será bien poco*, y buen provecho le haga” (II, 74, 589).

¡Sin que se trate de literatura picaresca, abrumadora me parece, en efecto, la presencia del tema en este *Quijote* de 1615! Y múltiples las variaciones que en torno a él desarrolla Cervantes. A su vez, las industrias o mañas de Sancho motivadas por su pobreza –creando, entre otros, gestos de resistencias diversos, también éstos estrategias contrapuntísticas– lo conducen a un símil del “arte de la fuga”, sustentado por el mismo tema, el de la necesidad y el hambre.

Y es que “*la hambre y la continua necesidad*”, “*la necesidad y la pobreza*” a todo son contrarias, incluso al amor y a los amantes, “como enemigos opuestos y declarados”, como se empeña en decir don Quijote a los recién casados Basilio y Quiteria (II, 22, 203). Y todo esto lo dice él, nos cuenta el narrador, “con intención de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese a granjear hacienda *por medios lícitos e industriosos*, que nunca faltan a los prudentes y aplicados” (II, 22, 203). Estas palabras de don Quijote pueden leerse como un programa para remediar la necesidad, un programa “honrado” si tenemos en cuenta su otra frase: “El pobre honrado, si es que puede ser honrado el pobre”; por ellas parece guiarse Sancho, puesto que a ellas responde como en eco, al decir a su mujer en el regreso de esta salida en la que se había lanzado con la ambición de remediar a su necesidad: “Dineros traigo, que es lo que importa, *ganados por mi industria, y sin daño de nadie*” (II, 73, 583).

En este análisis me guían, pues, las palabras de Edward W. Said y las de Juan Goytisolo, y nunca, por supuesto, las de la duquesa. Me guían, sobre todo, mi circunstancia y mi contemporaneidad: “What I am saying is that in the configurations and by virtue of the transfigurations taking place around us, readers and writers are now in fact secular intellectuals with the archival, expressive, elaborative, and moral responsibilities of that role” (Said 319). La extensión de la presencia del tema en el libro me impide hacer aquí un recorrido exhaustivo por todo él. Así, me centraré en algunos episodios por las razones que, en cada caso, se verán.

II. There Are Two Sides (Hay dos lados)

Neither imperialism nor colonialism is a simple act of accumulation and acquisition. Both are supported and perhaps even impelled by impressive

ideological formations that include notions that certain territories and people require and beseech domination, as well as forms of knowledge affiliated with domination: the vocabulary of classic nineteenth-century imperial culture is plentiful with words and concepts like "inferior" or "subject races", "subordinate peoples," "dependency," "expansion," and "authority." (Saïd 9)

Don Quijote: “¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!” (II, 58, 470)

Sancho Panza: “Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener”. (II, 20, 194)

1. Las bodas de Camacho: los lugares de la estrechez y de la abundancia

Conviene fijarse en el contexto en el cual pronuncia Sancho esta frase, aquí en epígrafe, antes mil veces citada. Se trata del episodio de las bodas de Camacho, cuyo fundamento y desarrollo se apoyan en la antinomia pobre/rico, anunciada desde el mismo título del capítulo, “Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico con el suceso de Basilio el pobre”. El episodio ocupará totalmente los capítulos 20 y 21 pero va ya anunciado en el 19, a poco de su inicio, y continuará en una primera parte del capítulo 22, antes de la aventura de la cueva de Montesinos. Valiendo para todo el episodio, la antinomia se anuncia, precisamente, con las siguientes palabras donde la idea de *riqueza* funciona como el factor más poderoso de persuasión:

Si vuestra merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas a la redonda. (II, 19, 178)

En el relato subsecuente, donde el estudiante resume para don Quijote las incidencias de la boda, se da la riqueza como causa para que el padre de Quiteria, labrador rico, decida casar a su hija con otro labrador rico y no con Basilio, pobre. Aquí, los “bienes de fortuna” de Camacho son preferidos a los “bienes de naturaleza” de Basilio. Y es tal la enumeración de las “habilidades” de éste, hecha por el estudiante, que don Quijote lo considera digno de casarse con la misma reina Ginebra. Sigue, como sabemos, la charla entre los personajes donde se presentan diversas razones sobre el amor y el matrimonio, terminando el capítulo con la noche y el descanso de los intervinientes.

En el capítulo siguiente, tal como se ha prometido, vamos a encontrarnos, personajes y lectores, con la fiesta de las bodas, la cual nos llega, en primer lugar, a través de los sonidos de los instrumentos y el olor de las comidas. En la narración de aquella, se repiten las palabras *riqueza* y *rico*. Casi siempre los nombres Basilio y Camacho van complementados por el atributo de *pobre* y *rico*, respectivamente. Lo cual crea, además, un ritmo regular y contrapuntístico, también en el plano léxico. Los personajes van a experimentar la abundancia de las comidas pero, además, ésta es tema de conversación entre Quijote y Sancho, amo y criado.

Para comprobar la importancia del tema – del que la historia de esta boda podría leerse como una novela “ejemplar” o ilustrativa – está el hecho de que, antes de entrar en el espacio donde transcurre la boda, cuando “lo primero que se le ofreció a la vista de

Sancho fue, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo” (II, 20, 187), el autor desarrolla un preámbulo cuyo asunto es el del hambre y la abundancia. Se trata de uno de esos pasajes del libro en donde el punto de vista del personaje sorprende al lector, un soliloquio de don Quijote, recién despertado, ante un Sancho dormido, que comienza con estas palabras: “-¡Oh tú, bienaventurado [...]!” (II, 20, 186).

Dirigiéndose a Sancho, que no puede escucharle, don Quijote considera la buenaventura del criado, la cual consiste, según él: en no tener “celos de su dama”; ni en ser desvelado por “pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia”. Se presentan aquí como preocupaciones fundamentales el plano afectivo y el económico. Y es que, según afirma el caballero, esto es así porque cabe al amo la responsabilidad de atender a las necesidades de su criado. Asumiendo en todo el momento de este razonamiento el estatuto de señor para sí mismo y el de criado para Sancho, concluye: “La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia” (II, 20, 186).

Antitéticamente se postulan, pues, en este soliloquio, algunas parejas: criado-señor; esterilidad-fertilidad; hambre-abundancia. Sobre todo, en el marco de esta última, en otros momentos enunciada en la antítesis abundancia *versus* estrechez, se forma la identidad de Sancho como pobre y se desarrollan sus comportamientos, motivaciones y deseos. Por ejemplo, no olvidará él nunca lo muy bien que se halló “con la abundancia de la casa de Don Diego”. Los días pasados en aquella casa serán, de hecho, días inolvidables para Sancho, los cuales él siempre recordará como un ideal de vida, gracias, precisamente, a la abundancia:

Llegóse, en fin, el día de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver a el hambre que se usa en las florestas, despoblados y a la estrechez de sus mal proveídas alforjas. (II, 19, 176)

Al final del capítulo, con el anuncio de las bodas ricas de Camacho y Quiteria, le viene a la memoria a Sancho “el buen alojamiento que había tenido en el castillo o casa de don Diego” (II, 19, 185).

Sancho, dormido, no había podido, como sabemos, escuchar las razones expuestas por su amo en el referido soliloquio. Sin embargo, poco después, nada más despertar, al pronunciarse sobre Basilio, le va a caer a él echar discurso sobre lo que un pobre debe o no debe desear: “No fuera él [Basilio] pobre y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo” (II, 20, 186).

Muy irónico nos resulta el efecto de lectura de esta habla de Sancho. Una ironía amarga del autor en boca de un pobre que, por ejemplo, ya ha soñado casar a su hija con un conde, como hemos escuchado en la plática con su mujer (II, 5). Y es que no se limita Sancho a la afirmación que acabamos de leer. Va más lejos en su argumentación. Así, refiriéndose a las “habilidades y gracias” de Basilio, dice Sancho: “Habilidades y gracias que no son vendibles, más que las tenga el conde Dirlos”. Y el lector deberá recordar que estas habilidades y gracias *no vendibles* son, precisamente, aquellas por las cuales opinó antes don Quijote que, por ellas, “merecía ese mancebo no sólo casarse con

la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra” (II, 19, 179). Pero Sancho, tajante, dirá que para que esas gracias “parezcan” hace falta que quien las posee tenga *buen dinero*. Y sentencia: “Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero”.

Mucho se ha estudiado la ironía cervantina. Y puesto que la ironía es, en su esencia, un efecto de recepción, su concretización implica una complicidad, siempre individual, entre autor y lector o entre éste y el personaje. Así, la lectura irónica de este pasaje le cae como un mazazo a quien lee cuando, al escuchar estas palabras de Sancho, su memoria es literalmente asaltada por las palabras del autor en los textos preliminares de este su libro de 1615, sobre las cuales me detendré en el final de este ensayo. Por ahora, cabe ya subrayar que se trata de un autor cuyas “gracias y habilidades”, de la pluma como de la espada, tanto le costó hacer *vendibles*. En el transcurso del episodio, “las habilidades de Basilio” y “las riquezas de Camacho” van a funcionar explícitamente como una pareja antitética. Las construcciones en contrapunto, a partir del matricial pobre *versus* rico, llegan a amplificaciones tan enfáticas como esta, más adelante: “¡Viva, viva el rico Camacho [...] y muera, muera el pobre Basilio!” (II, 21, 198).

Precedido por todo esto, llegará, entonces, el momento en el que Sancho pronuncia el con el tiempo tan famoso “Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener”. (II, 20, 193-94). Precedido también por la danza de las ocho ninfas, una de las cuales se llama Buen Linaje y aún otras tienen nombres en el campo semántico del dinero, tales como Interés, Liberalidad, Dádiva y Tesoro.

Nos conviene ahora, ampliar la cita, precisando, además, que Sancho pronuncia estas palabras en el contexto de la antítesis referida. Así, puesto a optar entre las contrarias *riquezas* de Camacho y *habilidades* de Basilio, sabedor de que “nunca de ollas de Basilio” sacará él “tan elegante espuma” como la que acaba de sacar de las de Camacho, y comenzando a comer “con mucho donaire y gracia”, dijo:

¡A la barba de las habilidades de Basilio!; que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener; aunque ella al de tener se atenía; y el día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. (II, 20, 193-94)

La “arenga” de Sancho, como le llama despectivamente don Quijote, consagra, contrapuntísticamente, la primacía del dinero por parte de alguien cuya condición de pobre está dominada por la necesidad y el hambre, las cuales solo el dinero puede remediar. Pero hemos de notar otra pareja antitética en el habla de Sancho, no ya entre tener y no tener sino entre el haber y el saber, lo cual introduce otro plano irónico en su discurso, puesto que los referentes de la dicotomía haber *versus* saber son más fácilmente atribuibles a don Quijote – y, de nuevo, al autor – que al mismo Sancho.

El tener y el no tener, el saber y el no saber: está el lector instalado en este mundo de oposiciones, que cada cual juzgará según su lugar, cuando, por obra y gracia de una radical y tajante pirueta o vuelta de tuerca se ve lanzado a otros planos. Siguiendo la charla entre ambos, con un simple “plega a Dios, Sancho, que yo te vea mudo antes que me muera”, replicado por el amo, introduce Cervantes el tema de la muerte. ¡Con la muerte hemos dado, lector! La muerte que todo lo trastrueca y echa por

tierra la lógica del dinero. Y es que, según palabras oídas al cura de su pueblo, que Sancho ahora repite, la muerte, “con igual pie” pisa “las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres”. O sea, la muerte anula la diferencia entre el tener y el no tener, entre los dos linajes, por lo tanto. Y da al traste con las antítesis, las dicotomías, las oposiciones, los dos lados, aquí concretados en: altas *versus* humildes; torres *versus* chozas; reyes *versus* pobres. Más tarde, echará de nuevo Sancho otro bien razonado discurso sobre la igualdad ante la muerte, esta vez a la duquesa, en él anulando las diferencias entre varias parejas, en vida en lados opuestos: “Al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero, y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro” (II, 33, 299).

En aquella secuencia dialógica entre don Quijote y Sancho (II, 20), surge además otro contrapunto: el hablar y el no hablar, la mudez y el silencio que el señor quiere imponer a su criado, motivo que atraviesa todo el libro y que, como bien sabemos, es paradigmático de la relación entre opresores y oprimidos, entre señores y vasallos. Pero Sancho no se calla y no calla sus razones. Tal como puede serlo muchas veces la “pereza” en toda relación de subordinación, el no callarse constituye uno de los más fuertes comportamientos de *resistencia* de este criado ante los comportamientos señoriales de su amo.³ En este mismo final de charla y de capítulo, y a pesar del mandamiento de don Quijote para que Sancho acabe su “arenga”, será éste quien más hablará, llegando incluso, en una respuesta, a contrariar los juicios de su señor y a *ordenarle*: “Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías [...] y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas” (II, 21, 195). “Y diciendo esto, comenzó de nuevo a dar asalto a su caldero”. No callar y proveer a su hambre son dos fundamentales formas de subsistencia del pobre, las cuales Sancho encarna aquí cabalmente.

La resistencia, a su vez, puede empezar por manifestarse por la irritación. Esta réplica de Sancho muestra claramente su irritación con su amo, una irritación que había comenzado a hacerse notar como reacción a la despectiva pregunta, además intrusiva, de don Quijote: “¿Has acabado tu arenga, Sancho?”. Y al “plega a Dios, Sancho, que yo te vea mudo antes que me muera”, Sancho responde “Al paso que llevamos [...], antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro”. Tal como lo hará don Quijote, debería también preguntarse el lector qué razones, o sentimientos, llevan a Sancho a, fuera de la “razón natural”, razón de edad se presume, pensar que puede él morir antes que don Quijote. Sancho está claramente insatisfecho con el rumbo de sus andanzas con este amo, las cuales no responden a las expectativas por él manifestadas en la charla con su mujer y pactados con su amo desde el inicio de esta segunda salida de ambos. Entenderemos, quizás, mejor sus comportamientos cada vez más desabridos -que algunas interpretaciones llaman “cruels”, “cínicas” e, incluso, “desleales”- leyendo intratextualmente estas reacciones de Sancho. A la luz de aquella charla y de aquel pacto, así como de los presupuestos que he expuesto en los preliminares de este ensayo, propongo que les llamemos gestos *de resistencia*.

³ En el mundo cultural literario y antropológico en lengua portuguesa, Mário de Andrade inventó, escribió y canonizó la “pereza” de su “no-héroe” Macunaíma, brasileño y negro, en uno de los más notables intentos de reconfiguración identitaria.

2. La *plática* entre Sancho y su mujer (II, 5): la necesidad, el destierro, el hambre y otras impertinencias

A esta charla entre Sancho y su mujer la llama el narrador, en el sumario de la misma, “la discreta y graciosa *plática*”. Ciertamente “discreta”, entre otras razones, por las “cosas tan sutiles” que en ella dice Sancho, esas mismas por las cuales el traductor “le tiene por apócrifo”. Sin embargo, al inicio del capítulo siguiente, el narrador le llamará “impertinente”. Todos estos comentarios preliminares del narrador contribuyen, por supuesto, a llamar la atención sobre la referida charla. Pero, ¿por qué impertinente? ¿Por el asunto? ¿Por los razonamientos -sutiles- que sobre él expresan Sancho y Teresa?

El asunto de la “*plática*” entre ambos se pone en marcha con el anuncio que Sancho hace a su mujer de tener determinado volver a salir con don Quijote. A la vez, ella constituye la despedida antes de la partida del marido. La primera representación del personaje es, inmediatamente, la de alguien en conflicto consigo mismo, ya que en él coexisten alegría y tristeza, coexistencia que él explica con una limpidez total:

Mirad, Teresa -respondió Sancho-: yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras, y yo vuelvo a salir con él, *porque lo quiere así mi necesidad*, junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y *si Dios quisiera darme de comer en pie enjuto y en mi casa*, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer a poca costa, y no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte. (II, 5, 73)

El contrapunto está, también aquí, lingüísticamente expresado por pares antitéticos: alegría-esperanza *frente a* tristeza-alejamiento. La esperanza está en poder hallar otros cien escudos, (“aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena” y sobre el destino de los cuales, un poco antes, le había interrogado Sansón Carrasco -II, 3, 71-). ¿No es éste un deseo motivado por la necesidad? Comer en pie enjuto y en su casa es aquello de lo cual está privado el pobre, que solo el dinero podrá remediar, dinero a que solo puede acceder a través de un destierro que le entristece. Es ésta su ambición. Nada, pues, que se parezca a la abundancia de un rico (véanse los duques, por ejemplo): *comer en pie enjuto y en [su] casa* poco le costaría a Dios si quisiera proporcionárselo, puntualiza Sancho, o sea, que sería cosa de *poca costa*. Y no hemos visto que los cien escudos, que también son *ya gastados*, según Sancho precisa, los haya gastado en bienes superfluos.

Este conflicto de Sancho entre la esperanza de conseguir dineros que remedien su necesidad y la tristeza de estar alejado de su casa para conseguirlos sostiene estructuralmente toda la acción de esta segunda salida suya con don Quijote, y en gran medida, toda su relación, tanto con su amo como con otros personajes, como veremos

en el caso de los duques, en particular en su comportamiento respecto a los azotes para desencantar a Dulcinea.⁴

Ante el lector se desarrolla, a continuación, una larga discusión entre ambos sobre con quién casar a su hija, después de que su padre se haga rico con el gobierno de la ínsula, una discusión que asienta, toda ella, sobre la condición suya (actual) de pobres, en casar o no casar a la hija con “su igual”. Y aquí contesta Sancho con un discurso tan elocuente que su mujer lo clasifica de “arengas y retóricas”, por las mismas razones que dice “el traductor” que tiene por apócrifo este capítulo, y que exceden a la capacidad de Sancho. Teresa resiste a todos los argumentos de Sancho. Recelosa de los maldicientes que murmuran sobre los ricos que en un tiempo fueron pobres, insiste en que su hija debe casarse con un *igual* (aun cuando su padre enriqueciera como gobernador) y se afirma perentoriamente “amiga de la igualdad”. Toda la tensión dialógica de la charla entre ambos se construye a partir de lo que Teresa y Sancho piensan sobre la igualdad de condición económica en el “casamiento”.

La argumentación de Sancho contra la idea invocada por Teresa sobre la maledicencia que cae sobre los ricos que fueron en un tiempo pobres es, en verdad, muy hábil y perspicaz. Recurre él a la memoria y a la relación con el tiempo, de hecho al olvido en el apagamiento del pasado. Y lo hace, según dice, recurriendo a sentencias de una *vox auctoritas*, la del cura predicador, el cual, dice Sancho, “si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencias que las cosas pasadas” (II, 5, 78). O sea, que el pobre que logra alcanzar la condición de rico tiene, además, que luchar contra la memoria de un pasado donde está la “ignominia” de la pobreza o linaje.

Muchas otras cosas dicen estos dos en esta impertinente “plática”. En su desarrollo – todo él conducido por la situación cumplidamente explicitada por Sancho en la réplica antes citada – marido y mujer discuten la promesa de la ínsula como una posibilidad de respuesta a su necesidad y, entre los motivos aducidos en la argumentación, sobresalen, como vemos, el hambre, la igualdad y el cambio de situación social de pobre a rico. Dice también Teresa que “la mejor salsa del mundo es el hambre; y como ésta no falta a los pobres, siempre comen con gusto” (II, 5, 74). “Morir[se] de hambre”, dirá don Quijote, es “muerte la más cruel de las muertes” (II, 59, 483).

La *necesidad*, a su vez, estará presente a lo largo del libro, aun cuando menos se espera. Así, también los encantados padecen necesidad (II, 23, 221); en la cueva de Montesinos, en diálogo entre Montesinos y don Quijote, pregunta éste: “¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?” Y, a su vez, los hay que van a la guerra, por fuerza de la necesidad: “A la guerra me lleva / mi necesidad; / si tuviera dineros / no fuera, en verdad” canta un mancebito que se encuentran por el camino, el cual, al preguntarle don Quijote por qué camina tan a la ligera, contesta: “El caminar tan a la ligera lo causa el calor y la pobreza”. Y el autor subraya en esta respuesta, precisamente, la pobreza, cuando pone en boca de don

⁴ Sobre el destierro de Sancho, desarrollé ya una lectura que intenta relacionarlo con la representación del destierro en el libro, en particular, los destierros histórico-políticos de Ricote y su hija y las opciones de géneros y discursos a los que recurre Cervantes (Abreu, 55-65)

Quijote la pregunta: “¿Cómo la pobreza?”, obligando a que el mancebo profundice en el tema (II, 24, 226-227).

A lo largo del libro, la representación del tema se desdobra y diversifica en múltiples situaciones y hablas, en un riquísimo rizoma de formas y variaciones, por lo cual no cabe aquí recogerlas todas. Sí cabe recordar que es también el hambre una de las razones que hace que Sancho bendiga el sueño. Precisamente, en uno de los momentos donde una fuerte tensión se desarrolla entre amo y criado, dice éste: “bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed”. Con vituperios humillantes y manipuladores como “¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado [...]!”, el amo reclama a Sancho que se azote y éste echa mano del sueño como recurso de *resistencia* (II, 68, 552- 553).

3. La plática entre Alonso Quijano y sus sobrina y ama (II, 6): de linajes y riquezas

En tanto tiene lugar la charla de Sancho con su mujer, ocurre otra, paralela, en casa de Alonso Quijano, con su sobrina y su ama. Y también aquí, el asunto de conversación, de discusión, son pobreza, riqueza y aún linajes (II, 6). Son paralelos ambos capítulos, tanto en la situación como en la disposición relativa y contrapuntística de los personajes: aquí es Alonso Quijano/don Quijote quien debate con su ama y su sobrina sobre linajes y sobre “los poseedores de riquezas”. Sobre los linajes, no tiene Alonso Quijano la misma opinión que Sancho expresará más tarde a propósito de Camacho y Basilio. Mucho más complejo es, aquí, el análisis del hidalgo manchego. Basándose en un criterio que tiene en cuenta no solo el tener y no tener sino también las mutaciones que pueden ocurrir en esos teneres, sus principios, sus medios y sus fines y el modo de gastarlos, Quijano describe “cuatro suertes de linajes”, dando ejemplos históricos de cada una de ellas y concluyendo que “es grande la confusión que hay entre los linajes” (II, 6, 82-83). En fin, es ésta su caracterización de “el linaje plebeya y ordinaria”: “Otros hay, y éstos son los más, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin, sin nombre como el linaje de la gente plebeya y ordinaria”.

No nos cabe duda que Sancho Panza y su mujer pertenecen a éste último linaje. Pero, ¿y él mismo, Alonso Quijano? Bien recordará el lector la caracterización que de él hace el narrador, en las primeras frases del libro de 1605. Ahora, al comienzo del de 1615, en el capítulo inmediatamente anterior a éste, gran impertinencia ha proferido Teresa cuando, en el calor de la discusión, refiriéndose a don Quijote, el amo de su marido, lanza esta sospecha: “y yo no sé, por cierto, quién le puso a él *don*, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos” (II, 5, 77). No ha de olvidar el lector dicha frase, que en la presente “plática” enlaza con esta otra, que se escucha en el habla de la sobrina. Así, al darse cuenta de que su tío se prepara para “volver al ejercicio de, para ellas [ama y sobrina], mal andante caballería” (II, 6, 79), intenta la sobrina persuadirle a renunciar a ello. En una de sus argumentaciones, aduce algo que refuerza lo antes avanzado por Teresa Panza sobre la legitimidad del *don* que él mismo se atribuye al nombrarse como don Quijote:

¡Válame Dios! – dijo la sobrina – ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, [...] y que se dé a entender que es valiente, siendo viejo; que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza entuertos, estando por la edad agobiado, y, *sobre todo*,

que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres...! (II, 6, 82)

Precisamente, debido a este último argumento se enreda Quijano en la larguísima “arenga” sobre los linajes que se acaba de referir. Lo dice la sobrina y lo refrenda él (además de otros aspectos que destaca Stoopen 2010): es hidalgo pobre y la pobreza no permite a un hidalgo ascender a caballero, un estatuto al cual solo asciende gracias a su ficción. Hidalgo pobre, tiene sin embargo Alonso Quijano caudales suficientes para pagar salario a Sancho y tenerlo en la condición de criado, un salario cuya discusión y concierto les escuchamos a ambos en el capítulo siguiente (II.7), el último de esta secuencia preparatoria de una nueva salida, un salario que volverán a debatir (II, 29, 259), y que el amo tiene buen cuidado de pagar, antes de su muerte.

Ambivalente es, así, este hidalgo. También en él hay dos lados, los cuales, como se sabe, darán mucho juego narrativo en casa de los duques. Pobre en casa de los ricos, como lo será cuando esté en el palacio de los duques. Precisamente, a propósito de él y no de Sancho pronuncia Benengeli, como bien sabemos, el famoso sermón sobre la pobreza; “¡Oh, pobreza, pobreza!” (II, 44, 371). En su lectura del capítulo, Monique Joly considera que esta “intervención” de Cide Hamete “es una delicada variación sobre el tema de la pobreza vergonzosa de los hidalgos escuderiles, que encierra en particular un homenaje directo al *Lazarillo*” (Joly, 186).

Sobre la pobreza, en “La España del Quijote”, dice A. Domínguez Ortiz lo siguiente:

La pobreza era un valor, no un oprobio, y lo mismo los que la elegían voluntariamente que los que caían en ella por azares de la adversa fortuna tenían derecho a una solidaridad fraternal expresada en multitud de donaciones e instituciones benéficas. Eran muy dadivosos los españoles de la época y no solo los naturales sino muchos extranjeros se beneficiaban de su generosidad. Los abusos, la infinidad de falsos pobres produjo disputas (Vives, Medina, Pérez de Herrera) acerca de las medidas que sería prudente adoptar en relación con el problema de la mendicidad. (Domínguez Ortiz 1998, C)

Discípulo de Ortiz, Manuel Rivero Rodríguez, en su libro *La España de Don Quijote*, en particular en el capítulo sobre “La fortuna” (288-381) nos proporciona, sin embargo, abundantes datos que no nos llevan a concluir que la pobreza fuera “un valor, no un oprobio”, sino todo lo contrario. No es tampoco esto lo que vemos en la literatura donde aquella es protagonista, la picaresca, aquí “homenajeada” por Cervantes, según el referido comentario de M. Joly.

Don Quijote, pues, el pobre, con su media rota, y la digresión de Benengeli sobre la pobreza (II, 44, 370-372). Acuerdo de voces, y no contrapunto, tenemos en la narración del caso, aunque no escuchemos nunca en discurso directo la del mismo protagonista, sino la de los dos “autores”, que se refuerzan la una a la otra. “¡Oh desgracia indigna de tal persona!”, exclama nuestro autor-narrador, aún antes de introducir el discurso de Benengeli. A su vez, en sus palabras de efecto paródico, éste caracteriza no solo “la pobreza” y sus modos sino que también adjetiva a los “bien nacidos” cuya honra sufre por aquella:

¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle

después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago! (II, 44, 371)

Curioso podría parecer que a propósito de don Quijote, precisamente, del amo y caballero, haga Cide Hamete su discurso sobre la pobreza. Vimos ya las razones, que lo son de Cervantes y no de aquél. También por esto, cierra nuestro autor-narrador la secuencia con un comentario, donde *considera* las “señales de *miseria* que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija *estrechez*”.

Esta duplicidad de estatuto económico de Alonso Quijano -una duplicidad correlativa de las estratificaciones socio-económicas de la época- la construye Cervantes en su libro y la explora con maestría narrativa, sobre todo en la creación de sorprendentes movimientos en la relación entre ambos personajes, del que tendremos ejemplos impactantes en el palacio de los duques, escenario privilegiado para el ejercicio de la imaginación del viejo escritor (tal como el concepto de *contrapunto*, uso el término *movimiento* en su acepción musical).

4. En casa de los duques (a partir del II, 30): el hidalgo pobre en casa de nobles ricos

Aquí se asentará el otro gran eje que pone a prueba la antinomia pobres/ricos. Al llegar a casa de los duques, ha disminuido el “caudal” de dineros de don Quijote, causada esa disminución por lo que tuvo que pagar por la destrucción del retablo de Maese Pedro (II, 26) y del barco de los pescadores (II, 29). La sintaxis del relato, ya desde hace dos capítulos antes, da temáticamente prioridad al dinero: en el 28, todo el diálogo entre ambos se dedica a llegar a un concierto sobre los dineros que don Quijote ha de darle a Sancho como paga de su trabajo; en el 29, a consecuencia del incidente con el barco de los pescadores, nada más llegar los pescadores dueños del barco, lo primero que dicen es “pedir a don Quijote se lo pagase” (II, 29, 267) y, poco después, ya “don Quijote se concertó con los pescadores y pagó por el barco cincuenta reales, que los dio Sancho de muy mala gana, diciendo: “A dos barcadas como éstas, daremos con todo el caudal al fondo”. No olvida, Sancho, pues, las consecuencias de ello, negativas para sus mismos caudales.

Y es en la secuencia de todo esto cuando el narrador abre el largo episodio “en casa de los duques”, con un extenso comentario sobre la “melancolía” y “el mal talante” que ambos presentan al final del episodio del barco:

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron a sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, a quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo a él de las niñas de sus ojos. (II, 30, 268)

Nótese que los pensamientos de Sancho son, dice el narrador, los de “su acrecentamiento” pero, más que “las cuentas” con su señor, “*irse a su casa*” es lo que más le importa, reforzando el contrapunto destierro-acrecentamiento *versus* irse a su casa-hambre. Tiene, entonces, lugar el encuentro con la “gallarda señora”, “ricamente vestida”, o sea, la duquesa.

Desde el primer encuentro con los duques, don Quijote se otorga el estatuto de “servidor” de ambos, duque y duquesa (II, 30, 271). A su vez, “suma era la alegría” de Sancho (inicio del cap. 31), “porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado a la buena vida”, consistiendo ésta, en gran medida, como ya sabemos, en comer bien y poder dormir en una cama.

Aquí, la pareja protagonista sigue dentro de los mismos estatutos en lo concerniente a la relación entre ambos, el de caballero-amo y su escudero-criado. Pero, en otro plano, el de su situación conjunta en relación con los duques, ambos tienen en común la pobreza frente a los duques, los ricos. *There are two sides* y, aquí, ambos están del mismo lado. Lo dice claramente don Quijote cuando, por primera vez a solas con Sancho después de la llegada al palacio de los duques, “encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho”, le dijo:

Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido [...] ¿No adviertes, angustiado de ti, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, o un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos, o algún caballero de mohatra? [...]. Enfrena la lengua; considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y *advierte que hemos llegado a parte donde, con el favor de Dios y el valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.* (II, 31, 277)

Queda bien claro en estas palabras que amo y criado son aquí un todo y que aún al caballero le importa no solo la fama sino también la imagen de su estatuto socio-económico y el acrecentamiento de su hacienda. ¿No queda también el registro, por parte de Alonso Quijano, de la consciencia de su condición desaventajada? “Una de las ventajas mayores que llevan los príncipes a los demás hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos”, dice en la misma argumentación. Analizando el episodio como un ejemplo de la categoría de “paradoja” en que asienta el libro, Maria Augusta da Costa Vieira considera que se trata “de um momento em que Dom Quixote está especialmente preocupado com sua imagem pública para fazer jus à recepção e ao reconhecimento que esses nobres lhe oferecem. No entanto, todo o teatro caminha no sentido de virar pelo avesso os matizes mais recônditos do personagem” (Vieira, 107).

A su vez, el cuento que cuenta Sancho “acerca desto de los asientos” refuerza la explicitación de la condición subalterna de don Quijote con relación a los duques; así, aunque éstos le hagan al caballero la honra de sentarlo en la cabecera de la mesa, aquellos siempre podrán decir, como al labrador dijo el hidalgo del cuento: “Sentaos, majagranzas; que adondequiera que yo me siente será vuestra cabecera” (II, 31, 281). Finalmente, téngase en cuenta el discurso de don Quijote sobre el sentimiento de falta de libertad, causado por las ataduras de quien disfruta de una abundancia que no es suya, cuando, por fin, sale de casa de los duques (II, 58, 470).

5. Los azotes: el pobre, como el soldado, carne de cañón. O la vaca de la boda

El episodio de los azotes viene, sin embargo, a reponer, en mi opinión de forma brutal, la relación amo-criado, si se quiere, de dominador a dominado, entre el caballero y el escudero. “Caro patrón mío”, le había llamado Sancho en un momento (II, 23, 220).

En efecto, ante la primera reacción de rechazo de Sancho al dictamen de Merlín según el cual, para desencantar a Dulcinea, “es menester que Sancho, tu escudero, se dé tres mil azotes y trecientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden” (II, 35, 314), reacciona don Quijote como un señor tirano y cruel:

-Tomaros he yo – dijo don Quijote -, don villano, harto de ajos, y amarraros he a un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan a tres mil y trecientos tirones. *Y no me repliquéis palabra*, que os arrancaré el alma. (II, 35, 315)

Teniendo, naturalmente, incorporada su condición de amo, de dominio sobre el criado, el caballero exhibe esa condición sin ninguna señal de duda, seguro de su legitimidad. El comportamiento bifronte de don Quijote en casa de los duques -de amo y señor con relación a Sancho; de servidor, en relación con los duques- crea también las condiciones para que su autor explote el ejercicio del poder simbólico del lenguaje, además de una bien real y concreta “señal de autoridad”, en este caso: “Les discours ne sont pas seulement (ou seulement par exception) des signes destinés à être compris, déchiffrés; ce sont aussi des *signes de richesse* destinés à être évalués, appréciés et des *signes d'autorité*, destinés à être cruz et obéis” (Bourdieu, 99). Y la injusticia de “la distribución desigual del capital lingüístico”, que diría Bourdieu, lo siente bien claro en la piel Sancho quien, por ejemplo, en la escena en que don Quijote le da consejos de buena gobernación antes de que se vaya a Barataria, reclama: “¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes?” (II, 43, 364).

“*Y no me repliquéis palabra*, que os arrancaré el alma” le oímos, hace poco, decir a don Quijote (II, 35, 315). Sin embargo, Sancho sí que *replicará*. En un diálogo magistral de dinamismo y tensión performativa, Sancho desarrolla lo que cabe llamar de *argumentación de resistencia*. No asienta esta argumentación directamente en características de clase. Sus argumentos se basan: en su primera réplica, en que él no tiene nada que ver con Dulcinea (“¿Parí yo por casualidad a la señora Dulcinea del Toboso?” “El señor mi amo sí que es parte suya”); en la segunda, lo que Sancho cuestiona es el modo de rogar y de pedir por parte de don Quijote y de Dulcinea y que éstos no tengan en cuenta sus penas y su humor. Y resume: “Aprendan, aprendan mucho de enhoramala a saber rogar, y a saber pedir, y a tener crianza” (II, 35, 317).

Sin embargo, criado es criado, lo sabe muy bien Cervantes, y al pobre de Sancho se le escapa algo que forma parte constitutiva de su identidad de criado y de pobre: el reconocimiento de la superioridad económica de los amos y de que en ella se asienta la relación entre unos y otros, entre los dos lados: “¿Por ventura son mis carnes de bronce, o vame a mí algo en que se desencante o no?” Y es que este *algo* es, precisamente, el dinero, los bienes materiales, esencia de toda relación patrón-servidor: éste da su fuerza de trabajo, y aquí –literalmente, como en tantas otras situaciones– da *su cuerpo*, sus carnes a azotar; aquél da su dinero. Claro como el agua (lo sabía muy bien el mundo feudal, lo sabe muy bien el mundo capitalista). Y, entonces, dice Sancho:

¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y escarpines, *aunque no los gasto*, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquél refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas [...]? (II, 35, 317)

Y es así como el mismo Sancho le proporciona al duque la idea de usar su poder de dar o de no dar, un poder que Sancho no tiene y que, en esta circunstancia concreta, consiste en hacerle gobernador. Un poder que el duque pone inmediatamente en marcha: primero, aún llamándole de “amigo”: “Pues, en verdad, amigo Sancho – dijo el duque - que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno”; y, a continuación, para que no le quede a Sancho ninguna duda: “En resolución, Sancho, o vos habéis de ser azotado, o os han de azotar, o no habéis de ser gobernador”. Está claro el pacto, no será refrán pero podría serlo el dicho: “Quién lo puede, lo puede” (fueros otorgan...).

No terminan aquí las manifestaciones de poder de los señores. Ya ha quedado claro quién tiene el poder de dar y de mandar. De “dar tiempo”, también. Y Sancho lo pide, bajo forma interrogativa y condicional –señales extremas de la servil humildad: “¿Señor, no se me darían dos días?” No, la duquesa puede decir, y dice, que no. Y podría haberle simplemente contestado a Sancho que no. Pero va más lejos, invocándole a Sancho *el pan que ha comido* de su señor. Literalmente echándose en cara. Precisamente, con el pan hemos dado, Sancho. Con esa *necesidad* de pobre, que los poderosos conocen bien y con ella usan y abusan de su poder. Y que derrota los gestos de resistencia. ¿Siempre la tragedia de los dominados? Said la ve así: “That is the panial tragedy of resistance, that it must to a certain degree work to recover forms already established or at least influenced or infiltrated by the culture of empire” (Said 210). Sancho *resiste* aún, interpelando a continuación a Merlín pero ya lo sabemos todos, los protagonistas, el narrador y los lectores, que Sancho terminará consintiendo en su “mala ventura”, aceptando la penitencia, *con las condiciones apuntadas*.

Por lo demás, la respuesta del falso Merlín es, como mínimo, cínica (¿o será, antes, cruel?) al hacer notar al escudero-criado el provecho que éste sacará de los azotes: beneficio para el alma, “por la caridad con que la haréis”; beneficio para el cuerpo “porque yo sé que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre” (II, 35, 318). Sabe muy bien el lector, como muy bien lo sabía el autor, que Sancho no lo hará por caridad. Y en cuanto a los beneficios para la salud de Sancho, que le traerá el desangrarse por vía de los azotes impuestos, son igualmente crueles las razones del duque (Sancho, el gordo, pues). Desgarradora es aquí la circunstancia si, además, tomamos consciencia de que el duque no le va a dar a Sancho ninguna verdadera gobernación ni tampoco ninguna verdadera ínsula y que no hará más que burlarse de él. Regresan al castillo tan felices los duques por lo bien que les había salido la burla (fin del cap. 35). ¿También metáfora de qué, todo esto?

En el capítulo siguiente, trata aún la duquesa de saber si Sancho se está azotando de forma lo bastante dura como lo merece una “tan gran señora como lo es Dulcinea” (II, 36, 320). Y en la carta de Sancho a su mujer (322), al leerla, dice la duquesa, recordemos, “que se muestra en ella muy codicioso”. En ella, Sancho se presenta ya como gobernador, sintiendo, bien claro, que “si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuestan”. También en el episodio con la Trifaldi resiste Sancho cuando le mandan participar en el rapamiento de las barbas de las dueñas, con el anuncio de Clavileño: de nuevo, argumenta que no tiene nada que ver con aquello; y, en otro plano, denuncia el hecho de que los historiadores no hablan nunca de los escuderos que participan en las aventuras de los caballeros, llevándose aquellos la fama : “¿Hanse de llevar ellos la fama de las [aventuras] que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo?” (II, 40, 342). Que los historiadores conviertan a los caballeros en héroes protagonistas de las aventuras “[...]!sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente a todo,

como si no fuera en el mundo!” es, aquí, el motivo de la protesta de Sancho en su réplica que antes llamé *de resistencia*, una protesta contra lo que hoy llamaríamos una suerte de discriminación, de silenciamiento de quienes trabajan para beneficio de quienes obtienen la fama. No ganará, una vez más, la contienda Sancho: una página después, ya el señor va a dictar el destino del escudero-criado: “Sancho hará lo que yo le mandare”, dice don Quijote (II, 40, 343).

No ha sido en vano la resistencia del escudero, tanto en el plano de la historia como en el de la tensión narrativa y de la construcción del diálogo. En lo primero, se van acumulando y reforzando las señales de una identidad individual por parte de Sancho a la vez que, de este modo, va el autor más o menos explícitamente, en modo irónico o no, burlesco o no, inscribiendo en su texto esa crítica social que sus lectores le reconocen. A la vez que, en el plano literario, se manifiestan la polifonía discursiva y la plasticidad dramática. Una magistral construcción contrapuntística, donde, una vez más, no cabría separar formas y contenidos.

La actitud resistente de Sancho prosigue en el episodio de Clavileño, acumulando formas negativas a las propuestas de que se suba sobre las ancas del caballo, y aún cuando se lo *mande* su amo, convencido de que “Sancho hará lo que [él] le mandare”(II, 40, 343): “yo no subo”; “eso no haré yo”; ni esto, ni lo otro, de ninguna manera. Pero, de nuevo, Sancho cederá y, siempre con el anzuelo del gobierno de la ínsula, ahora prometida por el duque, acabará subiéndose al caballo. Sancho, como pobre y necesitado –elementos estructurantes de su condición– estará siempre dependiente de quienes pueden darle algo, ahora el duque que, en cierta medida, substituye a don Quijote como potencial donante. El duque solo da lo que puede, como dice en réplica a un pedido de Sancho, pero puede, en verdad, muchísimo, porque *tiene*. Así, tiene, además de todos los criados y vasallos que colaboran en las burlas a Quijote y Sancho para entretenimiento suyo y de su esposa, la duquesa, “un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía” (II, 45, 375), eso que le permite montar la burla de la ínsula y gobernación de Sancho. Criados, también ellos mal pagados: precisamente, por boca de doña Rodríguez, no deja de señalar (y criticar) Cervantes el “*miserable salario* [...] que a tales criadas se suele dar en palacio” (II, 48, 400).

Los azotes, pues. Y no quedan en ello los abusos sobre el cuerpo de Sancho. Mucho más tarde (II, 69), ya después de que el de La Blanca Luna venza a don Quijote y de regreso a casa para cumplir la palabra dada a aquél (estar un año retirado), de nuevo víctimas ambos de las burlas de los duques, vuelve Sancho a ser la carne de cañón del apetito de entretenimiento de los señores ricos. Esta vez, en el contexto de la burla de Altisidora:

¡Ea, ministros de esta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos; que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora! (II, 69, 559-560)

Se repiten, entonces, los movimientos a que ya habíamos asistido en el caso de los azotes: la primera reacción de Sancho, de vehemente resistencia; el ablandamiento de Sancho (aquí el argumento de persuasión será no un gobierno cualquiera que ya no le interesa sino la exaltación de su virtud); el cumplimiento del “extraordinario martirio” impuesto. Y, además, la reacción de su amo, a quien le parece una buena ocasión ésta el

pedirle que cumpla lo de los azotes pendientes. Las palabras de Sancho sintetizan de forma lapidaria los abusos:

Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas. Bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes. No tienen más que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que a mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos *tengo yo de ser la vaca de la boda*. (II, 69, 561- 562)

La desalentada reacción de Sancho se expresa con estas palabras: “suplico a vuestra merced me deje dormir y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo” (II, 70, 63). Alguna lección sacará este criado, y pobre criado, de todo esto. Aprende que su resistencia será siempre vencida. Y poco o ninguna la ganancia que de ello sacará. No del gobierno de la ínsula, como sabemos. Ni en este episodio, donde “Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas” prometidas (II, 71). Lo cual lo entristece, además de humillarlo. Así, no ha de sorprendernos que, más tarde, recurra a la malicia para dar cumplimiento a los azotes. Parafraseando a Cide Hamete en su juicio sobre los duques burladores (II, 70), apetece decir que muy tonto sería Sancho si no hubiera sabido inventarse alguna industria para burlarse de la tonta burla de los azotes que su señor le propone a cambio de dinero. ¿Malicia o socarronería? “Cínico” y “totalmente desleal” le llamará algún lector; “socarrón” es, en verdad, lo que le llama el narrador (ver toda la escena, II, 71, 572-73). Sancho vende no solo la fuerza de su trabajo sino también, literalmente, sus “carnes”, y es ésta la palabra que usa él para concertar el “negocio” de los azotes.

III. Apostilla Final. Cervantes, el autor, *viejo, soldado, hidalgo y pobre*

Puede resultar poco ortodoxo el dejar para el final de este ensayo el comentario a los textos del inicio del libro. Creo, sin embargo, que ello conviene a la propuesta aquí delineada. Me orientan también esas palabras de Américo Castro sobre los prólogos del *Quijote*:

En realidad se trata de epílogos, redactados después de concluida la obra; y no precisamente porque los prólogos suelen escribirse “a posteriori”, sino porque en este caso su sentido no se revela sino a quien posea noticia muy cabal del libro. (Castro 1967, 262)

A esta luz, leo ahora lo que tanto en el prólogo al lector y en la dedicatoria al conde de Lemos, textos firmados por Cervantes, como también en la aprobación, atribuida al licenciado Márquez Torres, atañe a la pobreza y a la riqueza, a los *dineros* del autor. ¡Conozco bien cuánto, y cuán bien, estos textos han sido objeto de comentarios e interpretaciones! Por ello, mi pretensión es tan solo la de ponerlos en relación con todo lo que, a lo largo de este ensayo, he ido destacando: una lectura intratextual donde la puesta en relieve y el contrapunto entre las voces escuchadas a lo largo de los 72 capítulos de la narración ficcional y las voces de estos textos preliminares, convencionalmente caracterizadas como no ficcionales, nos den a ver sentidos que importan al objetivo de este ensayo.

En la sintaxis del libro, como bien sabemos, se encuentra el lector en primero lugar con la aprobación del licenciado Márquez Torres, el cual, a través del episodio del embajador de Francia y los caballeros franceses que lo acompañan, declara que, el 25 de febrero de 1615, se halló “obligado a decir que [Miguel de Cervantes, el autor de este y de otros libros] era viejo, soldado, hidalgo y pobre” (II, aprobación, 30-31). Por lo tanto, ya diez años pasados de la publicación del *Quijote* y de otros libros que se le siguieron y reconocida su fama dentro y fuera de España. A pesar de ello, Cervantes es (está) *pobre*. No deja de sorprender la intrusión de este episodio en un texto de aprobación y el mismo “licenciado” lo hace notar cuando se autocritica por ello: “Bien creo que está para censura [necesaria a la aprobación] un poco larga”. Y en su justificación por el “lisonjero elogio” que ha acabado de hacerle al escritor, refuerza la idea de la pobreza de Cervantes. Se trata de alguien, dice, que “no tiene con qué cebar el pico del adulador”. Ante esto, uno de los franceses reacciona: “¿Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?”. Pero otro comenta: “Si *necesidad* le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga *abundancia*, para que con sus obras, siendo él *pobre*, haga *rico* a todo el mundo”. Enfatizo la presencia aquí de las mismas palabras y de las mismas oposiciones que encontraremos a lo largo del libro, para escribir y profundizar sobre el tema, aquellas que tantas veces veremos en el contexto de los comportamientos de Sancho, ahora encarnadas en el autor, él mismo.

Y hay algo más que, a mi juicio, refuerza, una lectura que correlacione la pobreza en el libro, y en particular en Sancho, con la pobreza en la autorrepresentación del escritor. Se trata de la falsa autoría de la aprobación de Márquez Torres, un texto al fin autobiográfico, si se cree en la conocida opinión de que las páginas atribuidas al licenciado fueron escritas por Cervantes. Al comentar “el tono y contenido de la magnífica carta de *El alférez Luís de Valdés* a Mateo Alemán inserta en los preliminares de la segunda parte de 1604”, del *Guzmán*, Márquez Villanueva propone que hubo de ser el propio Mateo Alemán quien redactara bajo el nombre del alférez “aquellas páginas tan inconfundiblemente tuyas” y, con estas palabras, lo relaciona con la aprobación de 1615: “No tenemos por qué escandalizarnos de ello pues era recurso común en la época y lo mismo hicieron en circunstancias parecidas Cervantes con el licenciado Francisco Márquez Torres en el *Quijote*”, recordando también ejemplos de Lope de Vega y de Tirso de Molina: Y, en nota, añade: “caso señalado originalmente por Mayans, que después confirma Elías Rivers [1960]” (Márquez Villanueva, 63).

También, al comentar, en el prólogo, la amenaza que le hace Avellaneda de “que [le] hade quitar la ganancia con su libro”, Cervantes habla sobre el pobre y el rico y la relación de tal condición con la virtud y la nobleza, con argumentos y razones semejantes a las que se encontrarán en el libro en boca de Alonso Quijano, el hidalgo pobre (por ej. en el discurso con la sobrina y el ama sobre los cuatro linajes) y en boca de Sancho. Por fin, y para que no nos quede un atisbo de dudas, declara, en la dedicatoria al conde de Lemos, “sobre estar enfermo” estar, “el último de octubre de mil seiscientos e quince”, “muy sin dineros” (II, dedicatoria, 39). Asociado a estas necesidades, surge, entre otros, el campo semántico de los “costos”: las “ayudas de costo” sobre las cuales Cervantes interroga al portador de la carta del emperador de China; los “costos” de quien imprimiere el libro; y, con otra dimensión, “el mucho trabajo y estudio” que, en el texto del Privilegio real, se le reconoce haberle “costado” componer *La segunda parte de Don Quijote de La Mancha*.

Termino, así, con algunas preguntas que seguiré haciéndome. También habiendo yo aprendido la lección de Claudio Guillén: “No me canso de decirlo, toda lectura

reduccionista y simplificadora de Cervantes es inaceptable” (Guillén 1998, 368). Cervantes usa, para referirse a sí mismo y a su situación económica, como se ha señalado, las mismas palabras que en la narración usa el autor para expresar la situación de Sancho, entre ellas la matricial oposición: necesidad - abundancia. ¿Es “ambición” lo que manifiesta, por boca (ficticia) del francés? Lo cierto es que, en estos textos preliminares del *Quijote* de 1615, Cervantes dedica una parte sustancial de los mismos a exponer su necesidad de dineros y cabría juzgar que la frase “¿Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?” fuese una forma indirecta de expresar el deseo de que así ocurriera. ¿Desmedidamente ambicioso nuestro escritor? ¿Se atrevería la duquesa, ante esto, a llamarle codicioso como hizo con Sancho? Un apelativo sin duda cruel, egoísta y prepotente, avaro, viniendo de parte de alguien que está bien instalado en uno de *los dos lados*, el de la *abundancia*, y que no tiene en cuenta la *necesidad* y el derecho, el más elemental derecho humano, a soñar con la obtención de los “dineros” que permitan remediar a su pobreza. Por eso, no me parece demagógica ni populista la última frase del discurso de J. Goytisolo que, junto con las propuestas de E. Said, me lleva, aquí, a revisar las interpretaciones sobre Sancho: “Los contaminados por nuestro primero escritor no nos resignamos a la injusticia”.

Obras citadas

- Abreu, María Fernanda de. “Los desterrados del *Quijote*. De la historia a la elegía”. María Stoopan coord. *Segundones en el Quijote: de personajes, invenciones y otras minucias*. México DF: FFL/UNAM, 2013. 55-65.
- Aub, Max. “Prólogo para una edición popular del *Quijote*”. Jesús García Sánchez selecc. *La generación del 27 visita a Don Quijote*. Madrid: Visor Libros, 2005. 289-302. [originalmente en *Papeles de Son Armadans*, 47 (febr., 1960): 105-126].
- Alonso, Dámaso. “Sancho- Quijote; Sancho-Sancho”. Jesús García Sánchez selecc. *La generación del 27 visita a Don Quijote*. Madrid: Visor Libros, 2005. 131-138. [orig. en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*. Madrid: Gredos, 1958. 9-19]
- Bourdieu, Pierre. *Langage et pouvoir symbolique*. Paris: Fayard, 2001 [orig. en *Ce que parler veut dire*. Paris: Fayard, 1982].
- Canavaggio, Jean. “La España del *Quijote*”. *Ínsula* 538 (octubre de 1991): 7-8.
- Castro, Americo. *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus, 1967 [orig. “Los Prólogos al “*Quijote*”. *Revista de Filología Hispánica* 3 (1941): 262- 301].
- Cervantes, Miguel de. Luis Andrés Murillo ed. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Madrid: Castalia, 1989.
- Close, Anthony y otros. *Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos. 1995.
- Covarrubias, Sebastián de. Martín de Riquer ed. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: Alta Fulla, 1987.
- Domínguez Ortiz, A. “La España del *Quijote*”. En Miguel de Cervantes. Francisco Rico dir. *Don Quijote de La Mancha*. Barcelona: Crítica, 1998. LXXXVII-CIV.
- Goytisolo, Juan. “A la llana, sin rodeos”, discurso de recepción del Premio Cervantes, en la Real Academia Española (23/04/2015). Madrid:
<http://www.rtve.es/alacarta/videos/premio-cervantes/discurso-integro-juan-goytisolo-premio-cervantes-2014/3103044/>
- Guillén, Claudio. *El Sol de los Desterrados: literatura y exilio*. Barcelona: Quaderns Crema, 1995 [recogido en *Múltiples Moradas...* 29-97].
- . *Múltiples Moradas. Ensayo de literatura comparada*. Barcelona: Tusquets, 1998.
- Joly, Monique. “Lecturas, segunda parte, capítulo XLVIII”. En Miguel de Cervantes, Francisco Rico dir. *Don Quijote de La Mancha*. Volumen complementario. Barcelona: Crítica, 1998. 185-187.
- Lapesa, Rafael. “Lecturas, segunda parte, capítulo V”. En Miguel de Cervantes. Francisco Rico dir. *Don Quijote de La Mancha*. Volumen complementario. Barcelona: Crítica, 1998. 123-125.
- Márquez Villanueva, Francisco. “Sevilla y Mateo Alemán”. En Pedro M. Piñero Ramírez ed. *Atalayas del Guzmán de Alfarache*. Sevilla: Univ. de Sevilla, 2002. 45-64.
- Redondo, Augustin. *Otra manera de leer El Quijote*. Madrid: Ed. Castalia, 1998.
- . “Acercamiento al *Quijote* desde una perspectiva histórico-social”. En Anthony Close y otros, *Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos. 1995. 257-293].
- Rivero Rodríguez, Manuel. *La España de Don Quijote. Un viaje al Siglo de Oro*. Madrid: Alianza Ed., 2005.
- Rivers, Elias L. “On the Prefatory Pages of *Don Quixote*, Part II”. *Modern Language Notes* 75 (1960): 214-221.

- Said, Edward W. *Culture and Imperialism*. New York: Vintage Books, 1993.
- Salazar Rincón, Javier. *El mundo social del Quijote*. Gredos, Madrid, 1986.
- Sánchez, Alberto. “La sociedad española en el *Quijote*”. *Anthropos*, suplemento núm. 17 (1989): 267-274;
- Stoopen, María. *Cervantes transgresor*. México DF: UNAM. 2010
- Vieira, Maria Augusta da Costa. *O dito pelo Não-Dito. Paradoxos de Dom Quixote*. São Paulo: Edusp, 1998.